

“El teniente de navío de la Armada Robert FitzRoy había comandado un bergantín corbeta llamado Beagle por las gélidas y desoladas costas de la Sudamérica austral. Ahora FitzRoy estaba preparando una segunda expedición aún más ambiciosa, consistente en delinear mapas de navegación de la costa de la Patagonia y la Tierra del Fuego para realizar después una serie de medidas cronométricas por todo el mundo. FitzRoy pidió al Almirantazgo que se uniera a la expedición un geólogo que pudiese estudiar los extraños terrenos de la Tierra del Fuego. El encargado de buscarlo fue George Peacock, matemático y astrónomo de Cambridge. Peacock escribió a Henslow y le propuso que el puesto fuese cubierto por Leonard Jenyns, un clérigo naturalista que era cuñado de Henslow. Jenyns, sin embargo, rechazó la oferta, pues no quería separarse de sus feligreses. El propio Henslow se ofreció para el cargo, ya que desde su infancia ansiaba visitar tierras lejanas. Pero al final tuvo que renunciar porque su esposa no estaba dispuesta a que abandonara el hogar en pos de locuras. El tiempo apremiaba y Peacock aún no tenía candidato para el Beagle. Entonces Henslow pensó en Darwin y le escribió, urgiéndole a unirse a la expedición naval.

[...]

Así, Charles Darwin, a sus 22 años, fue elegido naturalista del Beagle sin remuneración a bordo (su padre tuvo que costear todo el viaje e incluso le proporcionó un criado como ayudante). Nunca se había echado a mar abierto, no era un científico experimentado, no iba a cobrar por su trabajo y recibió el puesto tras la negativa de otros. No obstante, fue una auténtica fortuna para la historia de la ciencia”.

MARIO GARCÍA BARTUAL

Fragmento extraído de: <https://www.lavanguardia.com/historiayvida/historia-contemporanea/20161124/47312365076/darwin-y-el-viaje-del-beagle.html>